

CRITICA Y SATIRA EN «CLARIN»

Quien, hablando o escribiendo, se refiere a "Clarín", como crítico, suele incluir en esta consideración otro aspecto —el de "Clarín" satírico— que exige atención especial. Crítica y sátira tienen bien poco que ver entre sí. Como que justamente lo que hay en la crítica de valoración intelectual, es lo que le falta a la sátira, atenta, por modo excluyente, a los defectos del hombre o de la obra, razón por la cual el satírico se parece mucho al caricaturista. Genial caricaturista fue Quevedo, a no dudarlo, y genial satírico, indiscutiblemente, fué Goya. Valga tan elemental observación para hacer notar que no desvaloramos en modo alguno a "Clarín" como crítico, más bien lo realzamos, cuando extraemos de su obra los elementos que le cualifican de gran satírico. Sin este desglose o discriminación, quizá hiciésemos desmerecer a "Clarín" en el conjunto de su labor crítica, no siempre objetiva ni serena. Pero el satírico puede prescindir lícitamente de la serenidad y de la objetividad, para ejercitar el derecho a los más personales caprichos que su ingenio le concede.

Crítica y sátira no son conceptos que radicalmente se contrapongan; se diferencian simplemente, y el distingo entre una y otra favorece a "Clarín". Apasionamientos y humoradas que sería justo cargar en la cuenta del crítico, pueden ser abonados en la del satírico. Bien entendido que distinción tan fácil de reali-

zar en lo puramente conceptual, resulta de hecho muy difícil, en no pocos textos o pasajes de "Clarín", ya que aún en los de más entonada crítica no falta el escape de la gracia —o del gracejo, como se prefería decir entonces—, al paso que en los de tono burlesco o más quisquillosos o festivos reparos, no deja de transparentarse el agudo sentido crítico del autor.

Cuantitativamente, quizá importe más la obra satírica de "Clarín" que la crítica propiamente dicha. La mayoría de sus *Paliques*, *Solos*, folletos, artículos aquí o allá, ¿qué son, en gran parte, sino sátira, ante todo; despreocupado humor, mordaz ironía...? Ya en aquel tiempo la colaboración en la prensa tentaba al escritor, por su rendimiento económico, no pingüe ciertamente, pero sí fácil de obtener, dado el mínimo esfuerzo que suele bastar. Los grandes libros de crítica, extensos y orgánicos, que pudiera haber compuesto "Clarín" —como más adelante ocurriera, en su línea respectiva, a Gómez de Baquero y a Diez-Canedo—, fueron sacrificados a la inmediata utilidad del artículo en diarios y revistas, y es claro que, obligado "Clarín", por la actualidad bibliográfica, a tratar de autores de escasa talla, cuando no insignificantes del todo, se achicaba, derivando a burlas y chanzonetas, vejámenes y "gramaticalerías", en tanto que se crecía o conservaba su natural altura, ante Galdós, por ejemplo. De esos dos "Clarines", el más popular era el que daba "palos", el que se "metía" con este poeta chirle o aquel prosista churrullero, y es justamente ese "Clarín", airado y jocosos a la vez, tan ingenioso como se quiera, pero intrascendente por la nulidad de la víctima; es ese "Clarín", repetimos, el que añoran hoy muchas gentes de superficial criterio, falseando el concepto de la crítica, que no ha de ser, en principio, ni benévola ni severa, sino fiel al espíritu de justicia que debe informarla, y que en ningún caso tiene por qué zaherir personalmente al autor de la obra enjuiciada, como era uso de la época. Antonio de Valbuena y "Fray Candil", *verbi-gratia*, entendían la crítica de no distinta manera. "Clarín" no siempre consiguió abstraer-

se a ese aire viciado, y su vivísimo ingenio daba una imponderable calidad literaria a sus escritos, de la índole que fuesen y respondieran a una u otra intención, lo cierto es que el interés de "Clarín", en nuestra Historia literaria, estriba en su penetrante y definitiva valoración de un Galdós, no en sus vapuleos a escritores justamente olvidados. En este último caso, "Clarín" divierte al lector de hoy. Su humor, incluso su mal humor, es de la mejor ley. Pero la materia que "Clarín" trabaja a veces, se ha volatilizado. El crítico se agranda o se empequeñece con el autor cuya obra examina.

Nos sirve Galdós de ejemplo, porque es el escritor de más altura entre todos los de su tiempo, y hasta del inmediatamente anterior y de nuestros días. Después de Cervantes. ¿dónde sino en Galdós está la cumbre de nuestra novela...? Pues bien: sobre Galdós establece "Clarín" puntos de vista que de aquí en adelante serán necesariamente utilizados por cuantos traten de abarcar y entender el mundo galdosiano. En sus ensayos y artículos varios, es "Clarín" el primero que justiprecia las características del arte novelístico de Galdós, por razones superiores a las del "sano realismo" que servían, por lo común, para explicar, no ya la novela de ese vasto ciclo, sino toda, o punto menos, la Literatura española.

Realismo, sí. Sano, aunque no siempre. Y en todo caso, algo más hay en Galdós. "Clarín" lo percibe desde sus primeros tiempos de lector: cuando Leopoldo Alas era, simplemente, estudiante de Filosofía y Letras en Madrid, según nos lo confiesa en su precioso ensayo acerca de Galdós. El joven Leopoldo Alas se fija en este nombre "leyendo en una librería la cubierta del *Audaz*. Y continúa: "Enfrascado en la lectura de filósofos y poetas alemanes, me parecían entonces poca cosa muchos de mis contemporáneos españoles... a quienes no leía. Ya iban publicados varios *Episodios Nacionales* cuando caí en la cuenta de que debía leerlos. Y a los pocos meses era yo, sin más recomendación que estas lecturas, el primer admirador de aquel

ingenio tan original, rico, prudente, variado y robusto que prometía lo que empezó a cumplir muy pronto; una restauración de la novela popular, levantada a pulso por un hombre sólo” (1).

Hemos de entender esa expresión de “novela popular” en el sentido historicista y romántico, ponderativo y nacional, que saturaba el ambiente respirado a la sazón. Novela popular: literatura nada menos que popular... Galdós la restaura con originalidad y vigor tales que le erigen en creador. “Clarín” acierta a ver en la novela “la épica del siglo”, y afirma que el gran arte del novelista propiamente *épico* consiste en “crear almas... pero no a su imagen y semejanza”. Es así como proceden, a su juicio, un Balzac, un Zola, un Daudet, un Tolstoi, un Dickens —“aunque éste es más *lírico*”—, un Galdós... Que en tan ilustre compañía coloca “Clarín” a Galdós.

Nos parece, por otra parte, que “Clarín” va demasiado lejos a propósito de la “impersonalización” y el “antilirismo” de Galdós, al afirmar que la naturaleza en sus novelas es, simplemente, “el lugar de la escena, que representa esto o lo otro”. Y puntualiza su pensamiento: “Como la *Odisea* a pesar de ser una serie de viajes por el Mediterráneo, no pinta la hermosa naturaleza sino como fondo del relato de Ulises, y casi también como en Shakespeare, la naturaleza *decorativa* acompaña al hombre para acabar de explicarlo, para darle asunto en que muestre cómo vive, cómo siente, cómo piensa, así en la novela de Galdós, las llanuras de Castilla, las montañas del Norte y los horizontes claros y los cielos puros de Andalucía, acompañan a sus personajes y por ellos salen a plaza, y por ellos se subordinan en el orden estético, siendo, en fin, todo lo contrario de lo que viene a suceder, v. gr., en *El sabor de la tierruca*, de Pereda, para dar un ejemplo del que todos pueden acordarse”. Creemos por el contrario, que el paisaje es en Galdós, algo más que *fondo*, y que colabora directamente en la acción como elemento deci-

(1) B. Pérez Galdós. *Estudio crítico-biográfico*, por Leopoldo Alas (“Clarín”). Madrid, 1889. Pág. 31.

sivo, lejos de supeditarse a los personajes. Traeríamos a cuento determinados episodios o situaciones de *Gloria y Angel, Guerra*, de *Cádiz y Zaragoza*, de *Nazarín y Marianela*, si nuestro propósito se cifrase en estudiar al pormenor la actitud crítica de "Clarín" ante Galdós. Pero sólo importa a nuestra intención presente el señalar la serenidad, la ponderación, la agudeza con que "Clarín" procede a sopesar el pro y el contra de un hecho literario, las cualidades y los defectos de una obra, y no deja de ser conveniente, por vía de ejemplo, esta otra cita (2) acerca de *Angel Guerra*, ya que de Galdós hablamos.

"Aunque el último libro de Galdós vale mucho y debiera llamar más la atención, no merece, en cierto modo, tanta admiración como otros suyos, por más que en algún respecto acaso a todos los aventaje. Para la *psicología* del ingenio y del carácter del autor, en los estudios que se llegarán a hacer de las ideas de este novelista, *Angel Guerra* será de los más importantes documentos... Angel Guerra es un espiritualista que vive fuera de sí; su ideal no está en él, está en Leré, su amor, y la religiosidad que éste engendra no es un verdadero misticismo, sino que necesita el alimento del símbolo vivo, la obra nueva. La *psicología* de Guerra no se estudia dentro de él precisamente, sino del mundo que le rodea. Por eso tienen tanta importancia en esta novela las calles y callejuelas de Toledo, los tabiques y ladrillos más o menos mudéjares, las capillas de la Catedral, las iglesias de monjas y las desgracias y lacerías de los miserables. Sí, toda aquella multitud de digresiones descriptivas se explica y guarda su orden...; pero el lector se cansa *quand même* en los pasajes en que Galdós no está inspirado. Son los menos, pero aún son muchos; los inspirados son muchísimos. Se comprende que el lector se fatigue, o mejor dicho, se impacienta; pero no podía ser de otra manera si se había de respetar la verdad, y particu-

(2) *Ensayos y Revistas* (1888-1802). Madrid, 1892. Págs. 336-344. *Revista Literaria: Angel Guerra*.

larmente la lógica. Se trata de un asunto espiritual..., exteriorizado, en que la psicología se ve principalmente en las consecuencias de los actos; y tenía que ser así, siendo quienes son Leré y su amador. Guerra es un *hombre de acción*, y Leré una santa de acción, casi mecánica, sí, mecánica, en cuanto lo más de su virtud, y acaso toda su fe, son obra de la *herencia*... En esta especie de pudoroso misterio del alma de Leré, Galdós ha empleado mucho tacto, pues dado el tipo y dado el propósito del novelista, no cabían honduras ni *indiscreciones* psicológicas... Angel Guerra, sin ser vulgar, siendo en cierto modo hasta hombre superior (lo es en la relación moral, en ideas, y en parte, en conducta), no es un hombre de muchas *psicologías*, tampoco. Tiene algo de poeta, de filósofo, de sociólogo; pero en nada de esto es lírico... Sin dejar de ser soñador, amigo de la abstracción melancólica, el revolucionario arrepen-tido necesita para alimento de sus ensueños, lo relativo, casi se diría lo tangible. Así, su conversión a la fe, hasta donde se puede llamar conversión, se debe a una ocasión accidental, y tiene su apoyo en un amor humano y en rigor nada místico... Grandísimo talento ha demostrado Galdós al desenvolver este carácter, y con lógica de gran artista se sigue hasta el último momento... Si Galdós ha escrito libros más agradables, de más pasión y fuerza, tal vez no ha escrito ninguno de más rigor en el estudio de los caracteres. Esta misma observación profunda y exacta y rigurosa en la lógica que hay en el modo de presentar y conducir los principales personajes se advierte en la mayor parte de los secundarios... Con valer muchísimo *Angel Guerra*, creo que no será de las obras de Galdós que más enamoren al público grande, y esto por culpas que pudieran llamarse accidentales; las más en rigor, *cuantitativas*".

La cita es larga, pero expresiva del equilibrio característico de "Clarín", al menos, en la fase mejor de su obra crítica, difícil de fijar cronológicamente, pues los aciertos de "Clarín", a la luz de su sereno juicio, zigzaguean a lo largo de toda su produc-

ción, tanto en los trabajos de mayor empeño como en los dados a la prensa diaria —desde *El Progreso* hasta *El Imparcial*—, y aún los más ligeros y ocasionales de *Madrid Cómico*.

De los apasionamientos de “Clarín” se ha hablado mucho, y no sin razón, empezando por Valera, que, escribiendo un día a Menéndez y Pelayo (3), le dice: “Miro yo a “Clarín” como el más discreto, inteligente y ameno de nuestros críticos de hoy, que se ocupan en hablar de los autores contemporáneos, sin desconocer que es apasionado hasta la injusticia, exagerando, por ejemplo, ya los elogios a Campoamor, ya los dicterios para Velarde...” “Clarín”, con cierta frecuencia, se apasiona en contra, pero casi nunca en pro de autores y libros, escuelas y tendencias de relevante significación. La verdad es que, para enjuiciar favorablemente a Galdós, no hace falta en absoluto sacar las cosas de quicio, y la pasión estorbaría, restando autoridad al crítico que actúa sobre un asunto que, por su propio valor, impone la objetividad.

Distaba mucho “Clarín” de profesar la crítica llamada “científica”, muy de moda en su tiempo, como tema, al menos, de disertación y controversia en Ateneos, revistas y cenáculos. Y no practicaba “Clarín” ese género de crítica, entre otras razones, porque la raíz filosófica de ella es el positivismo, y contra su pobre estética —“una casuística grosera, digna del mismísimo M. Homais”— reaccionó siempre (4). Pero ¿cómo habría “Clarín” de desconocer la utilidad reportada a la crítica, al “juicio estético”, por el conocimiento de la raza, del medio social y geográfico, del momento histórico, que Taine había preconizado..?

(3) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. 1877-1905. Madrid, 1946. Pág. 272. Carta núm. 196, fechada en Bruselas a 16 de junio de 1886.

(4) *Ensayos y Revistas*. Pág. 253. *Revista Literaria*: La crítica y la poesía en España”. Expresa además “Clarín” su concepto acerca de la crítica en el prólogo de *Palique*, reproducido en *Obras Selectas* de Leopoldo Alas. Madrid, 1947. Págs. 1.074-1.081.

Discurriendo concretamente sobre el tema, "Clarín" hace suyas estas palabras de Flaubert: "En tiempo de La Harpe, se era gramático; en tiempo de Sainte-Beuve y de Taine, se es historiador. ¿Cuándo se será artista nada más que artista, pero bien artista? ¿Conoce usted alguna crítica que se interese por la obra *en sí*, de una manera intensa? Se analiza muy sutilmente el medio en que se ha producido, y las causas que la han traído; pero ¿su composición, su estilo, el punto de vista del autor..? Jamás".

"Clarín" sí atendía a todo eso, cuando la obra, por su calidad, demandaba y permitía que se la estudiase, efectivamente, *en sí*, en su profunda razón de ser y de expresarse. Con análoga mesura, con idéntica dosificación estimativa, con el mismo escrúpulo de imparcialidad que "Clarín" acredita, juzgando a Galdós, enjuicia a Zola o a Ibsen, a Menéndez y Pelayo o a Pereda, llegada la oportunidad. Pero, ¿y cuando la obra considerada en sí misma, hace imposible, por su baja condición, hasta la tentativa de un estudio a fondo..? Comentando la ínfima literatura de cada día, es cuando "Clarín" hace trivial su crítica, al denunciar galicismos, incorrecciones sintácticas, ripios y cascotes, apasionándose en vano, sin otra ventaja que la vis cómica de que su auténtico humor le consiente hacer gala, y escapa de la crítica —imposible, dada la falta de materia— por la tangente de la sátira personal, de la broma, más o menos agría, según los casos.

En una pésima quintilla, al pie de muy mala caricatura, *Madrid Cómico* (5) definió así a "Clarín" un día:

"En perpétua batalla,
en serio a veces, y las más en broma,
soy el coco, el terror de la morralla,
porque cargo la pluma con metralla
defendiendo el buen gusto y el idioma".

Tarea penosa e ingrata esa a que "Clarín" se vio empujado, de cargar sobre el iluso e inexperto novel o el escritor adoc-

(5) Número 709, correspondiente a 19 de septiembre de 1896.

nado que en su desairada naturaleza de mosca inofensiva no merecía los cañonazos de un crítico llamado a superiores empresas, en tantas otras ocasiones —dicho queda— cumplidas y realizadas en términos que le valen un alto e irrecusable magisterio. No omitamos la excepción que Cánovas significa en el “Pim-pam-pum” establecido por “Clarín”, quien ahora dispara contra una figura, sin que su evidente magnitud —incluso en el orden literario— basté a redimir de su insignificancia los reparos gramaticales del crítico, en uno de sus más populares folletos (6).

“Clarín” lee *La Campana de Huesca* y en la primera página observa ya que Cánovas “comienza a disparatar”. “Clarín” reproduce el título del primer capítulo y dice: “*En que se habla, a manera de Prólogo, con el lector. Ya estamos mal. ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué el autor se presenta a manera de Prólogo a hablar con el lector? ¿Es el Prólogo el autor mismo? No, de fiijo, no. ¡Pues, señor, decidlo a derechas! Y comienza La Campana: A orillas de la Iruela hallé esta crónica: en una de aquellas huertas de suelo verde y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos...* Cualquier gacetillero mal intencionado, preguntaría si las bardas y setos son de los árboles o de la huerta. Pero dejando esto como pecado venial, y aún lo del *suelo verde*, que es un modo canovístico de decir, y lo de *pobladas*, epíteto cursi ramplón en este caso, prosaico y casi administrativo, dejando todo eso, vamos a lo que no puede pasar. Un hablista tan recomendado por su tío, el hablista de los hablistas, debe saber (no debe de saber, señor Cánovas, sino debe saber), que la Gramática de la Academia, donde tanta influencia tiene don Antonio, no permite que se diga *cuyas bardas y setos*, por que *cuyas* es femenino, y los *setos* son masculino, y el masculino, en tales casos, es el que prevalece...” Y así sucesivamente, en larga serie de minúsculas observaciones.

(6) *Cánovas y su tiempo*. Madrid, 1887.

Nuestra intención en el presente artículo se limita a distinguir, mediante algunos rasgos, al crítico —y ensayista— que coexiste en “Clarín” con el satírico: humorista y polemista también. De igual suerte que en otra ocasión procuramos diferenciar a “Clarín” de Leopoldo Alas, el autor —nada menos— de *La Regenta*, *Su único hijo* y ¡*Adiós, Cordera!* En cualquier caso, prosista —entre Larra y Unamuno— de extraordinaria flexibilidad, precisión y riqueza de matices.

M. FERNANDEZ ALMAGRO

De la Real Academia Española